

# El General Álava y el duque de Wellington durante la Guerra de la Independencia

*Gonzalo Serrats Urrecha*

## 1. Introducción

Apasionante es para mí escribir sobre la vida de Miguel Ricardo de Álava, más conocido en Vitoria como General Álava. Su imponente retrato, que preside el salón familiar, me ha acompañado desde niño. Quizá por eso siempre ha sido un ser próximo para mí. Tanto que llevo una década investigando su vida a través de diferentes fuentes, incluido su archivo inédito que he tenido la suerte de “heredar”<sup>61</sup>, con el fin de dar a conocer la biografía de este ser excepcional. El objeto de esta ponencia es analizar la relación que mantuvo durante la Guerra de la Independencia con el duque de Wellington, general en jefe del ejército expedicionario británico.

Como es sabido, Wellington llegó a la Península para luchar contra las tropas napoleónicas y oponerse al proyecto imperial, que ya había destronado a los Borbones en España y a los Braganza

---

<sup>61</sup> El Archivo Álava-Arriola forma parte del archivo Arriola-Urrecha que, desde el siglo XVI, ha ido pasando de generación en generación. Entre sus fondos más sobresalientes se encuentra el archivo personal del General Álava. Gran parte de su correspondencia inédita fue conservada por Loreto Arriola, su prima carnal y esposa, y ha llegado bien conservada hasta nuestros días. Hoy sigue en manos de la familia Arriola, a la que pertenezco.

en Portugal. La necesaria colaboración anglo-portuguesa junto a la energía de la España sublevada permitió la reconquista de ambos países. El general Álava fue un engranaje necesario en esta alianza que, si por un lado obtuvo el beneplácito del pueblo, a él le reportó por otro la amistad del comandante aliado. Con objeto de ceñirme al título de mi intervención dedicaré un breve epígrafe a presentar los momentos estelares de su vida, de manera que nos permitan entender mejor la dimensión del personaje.

## 2. La dimensión europea del General Álava.

Durante junio de 2013 conmemoramos el bicentenario de la batalla librada en Vitoria, que tuvo una enorme repercusión en Europa. Entre los combatientes se encontraba un vitoriano insigne, una figura que tuvo un papel relevante en la política española del primer tercio del siglo XIX. Y a pesar de ser uno de los personajes más interesantes que esta ciudad ha proporcionado a la historia, es también uno de los más desconocidos. Bautizado como Miguel Ricardo María Juan Nepomuceno Domingo Vicente Ferrer de Álava y Esquível Sáenz de Navarrete y Peralta en la iglesia de San Pedro, fue conocido en Europa por derecho y carrera como “el General Álava”.

Nació el 7 de febrero de 1772 en la magnífica casa familiar que los Álava poseían en el casco antiguo y que aún se conserva. A la edad de 9 años se trasladó a estudiar al Real Seminario Patriótico de Bergara. Interno, rodeado por otros vástagos de la aristocracia vasca, allí amplió su formación intelectual gracias a un excelente claustro de profesores. A los 13 años ingresó como cadete en el Regimiento de Infantería de Sevilla; pero pudo continuar sus estudios en Bergara porque el monarca dispensó al joven cadete de residir en la capital hispalense. Miguel Ricardo se convirtió, de esta forma, en uno de los alumnos con permanencia más dilatada en el Seminario de Nobles.

Acabada su formación en Bergara, Miguel Ricardo ingresó a los 18 años en su regimiento. Poco tiempo después cambió de arma y pasó a la armada como alférez de fragata. Por su origen y preparación, Miguel siempre sirvió cargos cercanos a la alta oficialidad. Durante las largas travesías de aquellos años adquirió experiencia, capacidad y ejercicio de mando. También tuvo ocasión de conocer a los que más tarde serían sus encarnizados enemigos. Como miembro de la marina española, combatió junto a la marina británica en defensa de los realistas franceses que se habían hecho fuertes en el puerto de Tolón (septiembre-diciembre de 1793). Fue la primera vez que Álava estuvo cerca de Napoleón; el futuro emperador tan solo era entonces un desconocido y talentoso oficial de artillería, cuya novedosa estrategia resultó decisiva para que los republicanos tomaran la ciudad y pusieran en fuga a la escuadra hispano-británica.

Más tarde se embarcó para dar la vuelta al mundo en la escuadra mandada por su tío, Ignacio María de Álava. Junto a su tío participó en la batalla de Trafalgar (1805), teniendo en esta ocasión a los franceses como aliados y a los británicos como enemigos. En el castillo del *Príncipe*, el buque insignia de Gravina, Miguel Ricardo luchó hasta la derrota. En Trafalgar acabó su carrera como marino. Peor suerte corrió el almirante Nelson, que perdió allí la vida, aunque –eso sí– después de haber hundido el poderío naval español para siempre. Sin barco y con hacienda que atender, Miguel Ricardo obtuvo licencia para volver a su ciudad natal. Tras la muerte de su padre unos años antes, era el heredero y el responsable del clan familiar. En Vitoria pronto ocupó cargos de responsabilidad política. En 1808 fue elegido concejal; más concretamente diputado del común, por lo que tuvo que jurar sobre el machete vitoriano defender los derechos de sus convecinos. Ese cargo llevaba aparejado también el de procurador general de la hermandad de Vitoria, que es tanto como decir vocal de la Junta General de Álava.

La invasión de la Península por tropas imperiales y el comienzo de la guerra contra los franceses aquel mismo año de 1808, cam-

biaron de forma radical la vida de Miguel Ricardo que pospuso su boda con Loreto Arriola hasta después de la contienda.

Como representante de la Marina, Miguel Ricardo de Álava fue uno de los firmantes de la constitución de Bayona (7 de julio de 1808) y de los que, días después, entraron en España acompañando al séquito de José Bonaparte. Pero su militancia en el bando afrancesado duró muy poco. De vuelta en Vitoria, hizo testamento a comienzos de agosto, cruzó las líneas francesas y llegó a Madrid con el tiempo justo para presentarse a Castaños, el vencedor de Bailén que entraba victorioso en la capital de España. A partir de ese momento, Miguel Ricardo haría la guerra en el bando patriota.

Ni remotamente podía imaginar entonces Miguel Ricardo de Álava que, tras cinco años de ausencia, volvería como libertador y protector de su ciudad natal. La batalla de Vitoria se desarrolló en las inmediaciones de la urbe pero gracias a la resolución, al coraje y a la previsión del ya para entonces general Álava, la ciudad no fue saqueada ni por los vencedores ni por los vencidos. Aquel gesto no fue casual. Tal como corrobora su correspondencia, la ciudad estuvo muy presente en los pensamientos de Miguel Ricardo de Álava. En una de sus cartas escribió: “si vencemos nada quiero, sino Vitoria; si somos vencidos no quiero sino encerrarme entre cuatro paredes en América y acabar allí mis días.”

Durante la contienda, Álava sirvió primero como enlace entre el general Castaños y Wellington; desde mediados de 1810 figura ya como representante del Gobierno español en el cuartel general aliado del ejército que operaba en Portugal. Su misión consistía en facilitar convenientemente la colaboración entre los luso-británicos y los españoles. Álava sirvió el puesto de forma leal y eficaz; tanto que no sólo defendió con determinación los intereses de su país, sino que además logró trabar una sincera amistad con el lord inglés. Su habilidad diplomática y su arrojo en el campo de batalla pronto le granjearon la estima de los oficiales del Estado Mayor.

Entretanto, la guerra y la revolución (entendida como transformación política radical) seguían su curso. La constitución aproba-

da el 19 de marzo de 1812 transformó a los súbditos en ciudadanos; pero eso no rebajó las tensiones políticas vividas en Cádiz, sede obligada del Gobierno español. Las condiciones de vida también se deprimieron considerablemente porque una terrible hambruna agravó aún más las enormes privaciones provocadas por la guerra. Tales circunstancias no desviaron, sin embargo, a Miguel Ricardo de su objetivo: colaborar estrechamente con Wellington para acabar con la dominación de los Bonaparte. En 1812 la sintonía entre ambos ya era grande; tanto que mientras el vitoriano se recuperaba de las heridas recibidas en combate, el Lord le escribió casi medio centenar de cartas. Autógrafas, sin ayuda de sus secretarios y ¡en perfecto castellano! Conservadas en el archivo familiar Arriola-Urrecha, esas cartas inéditas atestiguan la complicidad entre ambos y revelan algunos rasgos poco difundidos de Wellington.

En mayo de 1813 comenzó por fin la ansiada ofensiva aliada. Wellington y Álava salieron de Portugal y, aunque entonces no lo sabían, lucharían juntos en Vitoria (21 de junio), Tolouse (10 de abril de 1814) y Waterloo (18 de junio de 1815).

Como ya hemos comentado, el general Álava evitó el saqueo de su ciudad natal. El episodio es bien conocido: cuando las tropas imperiales se vieron superadas y estaban a punto de retirarse en desbandada, Miguel Ricardo pidió a Wellington un escuadrón de caballería para adelantarse y cerrar las puertas de la ciudad. Una vez dentro, desarmó a los sospechosos y mantuvo el orden público hasta la entrada triunfal del Estado Mayor aliado casi dos horas después. “La ciudad no padeció el más mínimo daño aquella gloriosa jornada”, reconocería semanas después su alcalde. Como prueba de agradecimiento, Vitoria ofreció al general Álava una valiosa espada con el escudo de la ciudad y la fecha de la batalla grabadas en la empuñadura.

Pero la contienda aún no había terminado. Aquel verano de 1813 Miguel Ricardo aprovechó su breve estancia en Vitoria para contraer matrimonio con Loreto Arriola. Poco después se reincorporó al cuartel general aliado, que desde comienzos de 1814

combatía ya en territorio francés. Wellington persiguió al mariscal Soult, comandante del ejército imperial tras la destitución de José Bonaparte, hasta Tolouse. En aquella ciudad francesa, donde los componentes del Estado Mayor aliado conocieron y celebraron la destitución del Emperador, se firmó el armisticio que puso fin a la contienda el 17 de abril. Era el fin de la Guerra de la Independencia, pero no de las guerras napoleónicas.

No había pasado un año cuando, en efecto, en Europa volvieron a sonar tambores de guerra. Incumpliendo una vez más su palabra, Napoleón rompió su confinamiento en la isla de Elba e inició la que sería su última aventura militar: el imperio de los cien días (del 20 de marzo al 28 de junio de 1815). Tras desembarcar cerca de Antibes, fue recibido en París de forma entusiasta y en un tiempo record levantó un ejército formidable. Entretanto, los sorprendidos monarcas europeos pusieron en marcha la séptima coalición. Wellington volvió a hacerse cargo del ejército aliado, esta vez formado por británicos, holandeses y prusianos. Miguel Ricardo de Álava, que al despuntar el conflicto se encontraba en París como embajador plenipotenciario del monarca español, se dirigió nuevamente a su cuartel general. Allí coincidió con viejos amigos como Rowland Hill o el príncipe Guillermo de Orange, futuro rey de Holanda. La batalla definitiva tuvo lugar en Waterloo, con Álava ejerciendo en determinados momentos como segundo del lord inglés.

Después de Waterloo, Miguel Ricardo de Álava continuó su exitosa carrera diplomática en varias cortes europeas. Fue nombrado caballero de las órdenes más distinguidas de España, Gran Bretaña y Holanda. Entre sus logros más importantes como embajador cabe mencionar la recuperación de numerosos cuadros expoliados durante la Guerra de la Independencia y posteriormente exhibidos en el Louvre (1815); o su intervención en el convenio Elliot (1835), suscrito para humanizar el trato dispensado a los prisioneros de ambos bandos durante la primera guerra carlista. En uno y otro caso contó con el poderoso respaldo de Wellington. Álava también hizo una brillante carrera política: fue diputado en

Cortes (1822-1823) y ministro de marina (1835). Pero no todo fueron triunfos y laureles; por su adhesión a la causa liberal también conoció los sinsabores de la cárcel (1814) y el exilio (1823-1833).

Extremista en su moderación, en aquella época de profundos cambios Miguel Ricardo de Álava representaba el prototipo del hombre de honor, de firmes convicciones e insobornable en sus principios. Sólo así se explican determinadas acciones suyas. Como la devolución de la encomienda de Hornachos al ingrato Fernando VII o la condena del golpe de estado dado en La Granja de San Ildefonso (agosto de 1836) para imponer a la Reina Gobernadora la Constitución de Cádiz –la misma que Miguel Ricardo había jurado en numerosas ocasiones–. También rechazó el título de marqués con que la misma María Cristina quiso recompensar su lealtad y su gallardía; Miguel Ricardo se excusó alegando que no necesitaba más títulos porque ya era conocido en toda Europa como el General Álava.

Son retazos de la vida de un vasco que luchó por la libertad de su país y el carácter honrado de su tierra. Agobiado por el peso de sus dolencias y sus muchos años, en el verano de 1843 Miguel Ricardo marchó a tomar las aguas al Pirineo francés: lo hizo por prescripción facultativa. Después de haber redactado nuevo testamento, partió solo al que sería su último viaje. Falleció en Bareges el 14 de julio y, durante más de medio siglo, su cuerpo reposó en el idílico cementerio de Betpouey. Hasta que, en 1883, las instituciones vitorianas y alavesas decidieron repatriar los restos mortales de Miguel Ricardo, dando cumplimiento a la voluntad del matrimonio Álava-Arriola: descansar para siempre en el cementerio de su amada ciudad.

### **3. El General Álava y el duque de Wellington en la Guerra Peninsular.**

La Guerra de la Independencia trastocó por completo la vida del general Álava. Aquel teniente de navío seguramente nunca

imaginó combatir en tierra. Pero el hundimiento de la flota española en Trafalgar (1805) y la invasión napoleónica (1807) le colocaron en esa tesitura. Comenzó apoyando a los afrancesados pero pronto pasó a combatir la usurpación. Tras firmar la Constitución de Bayona, cruzó las líneas y se puso a disposición del general Castaños, que acababa de derrotar a los franceses en Bailén. Adscrito al batallón de las Órdenes Militares, su bautismo de fuego se produjo en Tudela (noviembre de 1808). Ese fue el primero de los muchos fiascos que los ejércitos españoles sufrieron en la guerra. Pero el revés no arredró al fogoso vitoriano, que pronto mostraría tanto su capacidad militar como sus habilidades relacionales.

En abril de 1809 desembarcó en Lisboa el ejército expedicionario británico a las órdenes de Arthur Wellesley. El futuro duque de Wellington volvía con la intención de recuperar Portugal, de nuevo amenazado por las tropas imperiales. Las autoridades políticas españolas no tardaron en solicitar su ayuda, aduciendo que la lucha contra el francés exigía la coordinación de todos. Lo hicieron a través de Miguel Ricardo de Álava, que recibió del general Castaños el encargo de trasladarse al cuartel general del comandante británico. No era una comisión fácil porque había que cruzar un país levantado en armas, infestado por tropas irregulares e invadido por los franceses. Pero al fin lo consiguió y pudo entrevistarse con Wellington. Éste, que pensaba utilizar a sus propios oficiales para reconstruir el ejército portugués, le comentó sus planes estratégicos. Pueden resumirse en siete puntos.

Primero: Portugal sería la base del ejército expedicionario británico, que sería abastecido desde el mar por la Royal Navy. Segundo: no asumir riesgos inútiles en batalla, pues cualquier traspíe militar supondría la vuelta a casa. Tercero: contar siempre con una logística planificada para recibir los suministros y tener abastecida a la tropa. Cuarto: mantener una buena relación con la población civil evitando en lo posible saqueos y contribuciones extraordinarias, a diferencia de los imperiales que sistemáticamente hacían recaer los gastos de la ocupación sobre los ocupados. Quinto: tejer un buen servicio de información para saber en todo momento

los movimientos de las tropas enemigas. Sexto: impedir que el ejército francés concentrara todos sus efectivos y aplastara en un solo combate al mucho más reducido ejército aliado. Séptimo: ayudar con dinero y suministros de todo tipo (armamento, munición, vestuario...) a las tropas (regulares e irregulares) españolas, siempre y cuando la coordinación de las grandes operaciones militares fuera diseñada y dirigida por Wellington.

No era eso seguramente lo que esperaba escuchar Miguel Ricardo de Álava. Éste participó pocos días después en la batalla de Talavera (28 de julio de 1809), una de las primeras acciones donde combatieron juntos españoles y británicos. Más sorprendente aún que el resultado del combate, que terminó en tablas, fue comprobar la existencia de dos culturas militares radicalmente distintas. Los generales Cuesta y Wellington tenían hábitos, concepciones estratégicas y percepciones en el campo de batalla muy diferentes. Talavera demostró que no sería fácil ni rápido lograr una sincronización mínimamente aceptable entre ambos ejércitos.

A partir de Talavera el nombre de Miguel Ricardo comenzó a aparecer en la correspondencia oficial del comandante en jefe británico; éste incluso le remitió algún despacho directamente. El vitoriano, por su parte, también hizo alguna aproximación a los ingleses. Pronto simpatizó con sir Samford Whittingham, con quien coincidió en el cuartel del duque de Alburquerque. En su correspondencia, Whittingham describió a Álava como “un joven patriótico y caballeroso”<sup>62</sup>. También fue buena la primera impresión que sacó Wellington de Álava, y que luego corroboraron los informes reservados procedentes de la embajada británica en Cádiz.

A comienzos de 1810 Miguel Ricardo de Álava fue enviado nuevamente a Portugal. Debía convencer a Wellington de que sumara sus fuerzas a las españolas para realizar una serie de movimientos y acciones conjuntas. El comandante inglés no estaba

---

<sup>62</sup> Ferdinand Whittingham: *A memoir of the services of sir Samuel Ford Whittingham*. London, Longsmans, Green and Co., 1868. Traducido del inglés por el autor.

dispuesto a supeditarse a los generales españoles pero no quiso desairar al visitante. Con el fin de ganarse su confianza le mostró la red de fortificaciones que estaba construyendo en secreto en Torres Vedras. Lo que mostró al General Álava era la fantástica y costosa obra defensiva en torno a Lisboa la cual, con el tiempo, sería clave en la victoria aliada. Con ese gesto el británico esperaba impresionar al español, manifestarle su cercanía y convencerle de su capacidad estratégica.

El plan de Wellington era tan simple como sensato: consciente del mayor potencial del ejército imperial, estaba convencido que Massena intentaría conquistar la capital portuguesa. Si el francés tomaba Lisboa, la guerra se habría acabado. Al menos para los británicos. Para impedir esta eventualidad, Wellington quería hacer inexpugnable la capital portuguesa mediante una doble línea de fortificaciones, entre el estuario del Tajo y la costa atlántica, y protegerla por mar y tierra con una gran concentración artillera. Al comprobar la favorable acogida de su interlocutor, Wellington aseguró a Álava que la marina británica trabajaría también para hacer inexpugnable la residencia del Gobierno patriótico español en la bahía gaditana.

A raíz de los contactos puntuales, la relación entre ambos militares se hizo permanente a partir del 26 de junio de 1810. Ese día Miguel Ricardo de Álava llegó, para quedarse, al cuartel general británico que Wellington tenía en el castillo de Almeida. Venía como representante del Gobierno español y, como tal, quedó adscrito al Estado Mayor aliado. Wellington, que ya contaba con un enlace español en la persona del coronel O'Lawor, recibió cordialmente al recién llegado; pero aún desconocía cuál sería su utilidad.

Álava supo encontrar pronto su espacio: engrasar la relación y facilitar el entendimiento entre su propio gobierno, el comandante aliado y el Gobierno británico. Hasta entonces las relaciones habían estado dominadas por los prejuicios y la desconfianza recíproca. Pero, poco a poco, comenzaron a mejorar. El Gobierno británico se implicó de forma creciente en el avituallamiento de

las tropas españolas (regulares e irregulares) y éstas cada vez colaboraron más estrechamente en las operaciones diseñadas por el comandante aliado. No faltaron desajustes, tensiones y malos entendidos; pero la coordinación se acabó imponiendo cuando el Gobierno español nombró a Wellington –por su innegable talento militar y a sus resonantes victorias– generalísimo de todos los ejércitos que operaban en el territorio peninsular.

Si Miguel Ricardo de Álava causó muy buena impresión en Wellington desde el primer momento, el inglés también le impresionó a él. Así se desprende de la correspondencia conservada. En carta remitida en febrero de 1810 al comandante general de Galicia – Nicolás Mahy –, calificó al general británico como persona meticulosa, cumplidora, capaz de reconocer las buenas acciones y gran admirador tanto de la nobleza de cuna como de la buena educación.<sup>63</sup> Si de algo podía presumir el vitoriano, apenas dos años más joven que el comandante en jefe, era precisamente de linaje antiguo y de educación exquisita. Pero además le adornaban otras cualidades: su inteligencia, su carácter desenfadado, su conversación amena y, sobre todo, su absoluta incapacidad para la doblez o la lisonja. Además era, en opinión de Napier, “valiente, generoso y desinteresado”. Este prestigioso historiador británico, que también participó en la contienda, describió su relación con Wellington en estos términos: “el español era demasiado sagaz para no percibir el celo del inglés y procuró ayudarle a conseguir sus objetivos, pero en la manera de hacerlo nunca olvidó la dignidad de su país; demasiado franco y honesto para la intriga o la bajeza, su relación siempre fue honorable para sí y ventajosa para ambas naciones”.<sup>64</sup>

Álava se integró perfectamente en el cuartel general y se empleó con acierto en su delicada misión: trasladar a Wellington los

---

<sup>63</sup> Remitida desde el cuartel general aliado el 11 de febrero de 1810, la carta se conserva en el Instituto para la Historia y la Cultura Militar, fondo *Duque de Bailén*, legajo 31

<sup>64</sup> Sir William Francis Patrick Napier: *History of the War in the Peninsula*. D. Christy, London, 1836.

requerimientos del Gobierno patriótico y a las autoridades militares españolas las sugerencias del comandante en jefe aliado. Se trataba de un papel verdaderamente incómodo porque ni el Gobierno español tenía jurisdicción sobre Wellington ni éste autoridad formal sobre los militares españoles. Las exigencias procedentes de Cádiz resultaban a veces tan desafortunadas como el orgullo de los generales hispanos, reacios casi siempre a seguir las recomendaciones de Wellington. Al general Álava le tocó temprar gaitas, deshacer agravios, aunar voluntades. Así se desprende de las muchas cartas que se han conservado. Bastantes fueron remitidas a los militares españoles con las sugerencias tácticas del jefe aliado: no plantear el combate de forma precipitada, cuidar la logística de las tropas y no maltratar innecesariamente a la población civil, evitando saqueos y requisas, tanto en tierras españolas como portuguesas.

El General Álava también mostró su temple y su valor en el campo de batalla. Nunca dudó en acudir al punto más peligroso si la situación lo requería; alguna vez se vio rodeado de enemigos y, codo a codo con Wellington, tuvo que abrirse paso sable en mano. Especialmente meritoria resultó su actuación en la frustrada toma de Ciudad Rodrigo y en la posterior batalla de Busaço, que permitió el repliegue aliado tras las líneas de Torres Vedras. Álava tuvo ocasión entonces de comprobar la previsión y el acierto del jefe aliado, pues aquella red de fortalezas resultó inexpugnable para los franceses. El vitoriano volvió a despuntar en Fuentes de Oñoro, tanto que el propio Wellington recomendó su ascenso al Gobierno español. Librada a comienzos de mayo de 1811, aquella victoria sirvió para liberar Portugal de franceses. La conciencia del peligro y la tensión del combate alentaron la camaradería y la complicidad entre los oficiales del Estado Mayor. Buen conocedor de los códigos militares, Álava se ganó la consideración de los ayudantes del lord. No sólo compartió con ellos afanes, aventuras y riesgos; también bromas, sobremesas y confidencias. Poco a poco, el vitoriano también se ganó la confianza y la amistad de Wellington.

El celo de Miguel Ricardo de Álava resultó especialmente útil a la hora de ampliar en España las redes de espionaje. En toda guerra, toda información —política o militar— resulta vital; conocer los movimientos del enemigo, sus proyectos y sus problemas permite explotar sus puntos débiles. Álava no sólo recomendó con insistencia a los generales españoles que cuidaran las redes de confidentes y que le remitieran con exactitud y puntualidad la información recogida. También utilizó sus propios contactos familiares para saber lo que ocurría en el entorno de José Bonaparte, tal como se desprende de algunas cartas. En una de ellas remitía al Gobierno español la siguiente información: *“sé á jurarlo que los días pasados, cenando (el Rey José) con la Marquesa de Montehermoso se explicó en términos muy fuertes contra su hermano, y llegó a decir que sería muy gustoso el primer insurgente contra la insoportable tiranía de éste. Estas expresiones sé positivamente que las dijo, y sé también que eran de corazón, pues solo había en derredor suyo personas de su íntima confianza”*.<sup>65</sup>

Álava también contribuyó a normalizar las relaciones de Wellington con la guerrilla. Mucho se ha escrito sobre el desdén —o supuesto desdén— del general inglés hacia esas tropas irregulares. Desde luego no faltan testimonios denigratorios escritos de su puño y letra. Pero conviene señalar también que a lo largo de la contienda Wellington escribió muchísimo (unos tres mil despachos al año) y que, entre tanta literatura, se pueden encontrar afirmaciones contradictorias. Es cierto que en su fuero interno le costaba entender la guerra irregular y que, desde una perspectiva estrictamente militar, no estaba muy convencido de la eficacia guerrillera: por eso hizo todo lo posible por disciplinar y regimentalizar las tropas irregulares mediante la entrega condicionada de armas y vituallas. Pero también es cierto que, Álava mediante, cultivó la complicidad de los jefes guerrilleros. Wellington sabía

---

<sup>65</sup> Miguel Ricardo de Álava al Excelentísimo Señor General Jefe del Estado Mayor en Cádiz, desde el Cuartel General de Cartaxo, el 23 de febrero de 1811. Archivo Histórico Nacional, Diversas-Colecciones,137, N. 68

que eran fundamentales para evitar la concentración del ejército francés, para alentar el espíritu insurgente de la población y para mantener la red de espionaje en el territorio español.

Pero sobre todo Álava consiguió rebajar los recelos y las suspicacias entre el Gobierno patriótico español y el comandante inglés. Lo reconoció abiertamente el general Castaños, el héroe de Bailén, en una visita oficial realizada al cuartel del Estado Mayor aliado en Fuentes de Oñoro (Portugal), a fines de 1811. En el informe remitido a la Regencia no podía ser más explícito. Dada su trascendencia, lo voy a transcribir íntegramente conservando la grafía original. Comenzaba Castaños asegurando,

*«...haber podido observar de cerca por mí mismo la conducta del Brigadier D. Miguel de Alaba con el General Lord Wellington, a cuyo lado se halla comisionado por el Gobierno, y su comportamiento con los pueblos de estas inmediaciones y sus vecinos. No ignoraba yo ni su decidido patriotismo, ni su energía y celo infatigable por el bien de la Nación, porque tenía pruebas de uno y otro en el buen desempeño que había mostrado en todas las ocasiones en que por su conducto insinué mi voluntad y deseos a Lord Wellington; más nunca podía persuadirme que obtuviese la confianza de este General al mismo tiempo que la de todos estos pueblos, porque nunca creí que se podrían convinar estos dos extremos sin perjuicio y menoscavo de alguno, o de entrambos.*

*La experiencia me ha desengañado: El Brigadier Álaba, tal vez por un efecto de franqueza y honradez de su carácter, al paso que defiende acérrimamente, y acaso con demasiado tesón los derechos de los pueblos siempre que se necesita, logra la confianza de Lord Wellington y la estimación de todos los oficiales Yngleses que le conocen; y lejos de adular su amor propio no usa con ellos otro lenguaje que el seco y duro de la verdad».*

Terminaba el informe, firmado por los generales Castaños y Heredia, recomendando a la Regencia considerar tan distinguidos servicios para un posible ascenso.<sup>66</sup>

1812 marcó el principio del fin de la presencia imperial en España. Wellington, que había resistido todas las acometidas francesas y se había hecho fuerte en Portugal, estaba decidido a combatir al otro lado de la frontera. Comenzó el año asediando y tomando las plazas de Ciudad Rodrigo (20 de enero) y Badajoz (5 de abril). Posteriormente hizo confluir sus tropas sobre Salamanca y derrotó a Marmont en los Arapiles (22 de julio). La derrota de los imperiales fue tan contundente que estos tuvieron que evacuar (definitivamente) Andalucía y Madrid. José Bonaparte con toda su corte abandonó precipitadamente la capital de España y buscó refugio en Valencia. El exilio fue temporal y, aunque sólo duró dos meses, sumió al rey intruso en el descrédito más absoluto. Tras la liberación de Madrid, Wellington enfiló sus fuerzas hacia el norte y sitió Burgos; pero ante la imposibilidad de tomar la ciudad castellana, que estuvo cercada entre el 19 de septiembre y el 21 de octubre, decidió retirarse a sus cuarteles portugueses de invierno. La campaña de 1813 comenzaría de la misma manera, con los ingleses al acecho en Portugal y los franceses en la parte española esperando parar el golpe, pero acabaría de forma muy distinta.

Miguel Ricardo de Álava estuvo presente en el sitio de Ciudad Rodrigo, durante el cual Wellington le encargó la dirección de la logística. Por expreso deseo del comandante inglés, él también fue quien llevó la noticia de la toma de la ciudad al Gobierno español. Semejante encargo era en sí mismo un honor pues, según una costumbre muy antigua, sólo quien se había distinguido en la batalla podía ser portador de tan buena nueva. El todavía brigadier Álava permaneció varias semanas en Cádiz porque las Cortes no terminaban de resolver con qué título premiarían la victoria de

---

<sup>66</sup> Informe remitido por Xavier de Castaños y José de Heredia desde el Cuartel General de Fuentes de Oñoro (Portugal) a la Regencia en Cádiz, el 28 de diciembre de 1811. Archivo General Militar (AGM) de Segovia, Expediente del General Álava - C 5.

Wellington. Al final le otorgaron la condición de Grande de España y le nombraron duque de Ciudad Rodrigo. Con ese título el comandante inglés firmó la correspondencia oficial con el Gobierno español hasta el final de la guerra.

La estancia de Miguel Ricardo de Álava en la capital gaditana coincidió con la proclamación el 19 de marzo (de 1812) de la Constitución aprobada por las Cortes. Durante aquellas semanas tuvo ocasión de saludar a conocidos y viejos amigos; pero también de conocer de primera mano el tenso clima político existente en la sede del Gobierno español, minado por las intrigas y las luchas de poder. Con todo, Álava salió a tiempo para incorporarse al Estado Mayor aliado en vísperas de la toma de Badajoz. Participó en el asalto final acompañando a Wellington en un lugar tan expuesto como el *lavio del foso*. Sólo a costa de muchísimas bajas pudo al fin ser neutralizada la resistencia francesa, tal como había ocurrido en Ciudad Rodrigo; y tal como había ocurrido también en aquella plaza fuerte salmantina, la liberación de Badajoz quedó empañada por el brutal saqueo de la ciudad. Otro tanto ocurrió algún tiempo después en San Sebastián (31 de agosto de 1813)<sup>67</sup>.

Pero no adelantemos acontecimientos. Tras encomendar a las tropas españolas custodiar las plazas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, Wellington dirigió su ejército hacia Salamanca. Para entonces la relación del comandante británico con sus homólogos españoles había mejorado bastante. Wellington achacaba la indisciplina de las tropas españolas a que no estaban pagadas ni alimentadas convenientemente y esperaba poder paliar esas carencias con el mi-

---

<sup>67</sup> Nota del autor: por error en el libro publicado a papel se lee "Otro tanto ocurrió algún tiempo después en San Sebastián, plaza también tomada al asalto, arrasada e incendiada (31 de agosto de 1813).", cuando debería decir simplemente "Otro tanto ocurrió algún tiempo después en San Sebastián (31 de agosto de 1813)". El autor, por respeto a sus biografiados, no puede expresar que la plaza de San Sebastián fuera incendiada por las tropas anglo-portuguesas, como por error se publica, ya que, como bien se dice en la página 136, Wellington y Álava nunca creyeron que la plaza fuera incendiada por ellas. Esta opinión lleva la contraria a la opinión generalizada y no es incompatible con el terrible saqueo que sufrió la población por parte de la tropa aliada.

llón de libras esterlinas que acababa de aprobar el Gobierno Inglés. Quería utilizar esos fondos reforzar la fortificación y socorrer ambas plazas. Con el dinero restante pensaba retribuir a los oficiales de carrera y a los jefes guerrilleros capaces de disciplinar a sus tropas y colaborar con el ejército anglo-portugués. El comandante en jefe británico, que para entonces ya se había ganado el respeto de los generales españoles, deseaba su apoyo; es más, lo necesitaba para mantener dispersos a los ejércitos franceses. Españoles y británicos aún no habían conseguido fundirse en un ejército realmente unificado pero, gracias a los buenos oficios de oficiales como Álava, estaban más cerca de conseguirlo.

Wellington obtuvo una nueva y resonante victoria en los Arapiles, en las inmediaciones de Salamanca. La batalla estuvo precedida por una maniobra conjunta para aislar el ejército del mariscal Marmont; después, las operaciones combinadas entre los aliados dejaron libre el camino hacia Madrid. Un Wellington triunfante entró en la capital de la monarquía el 13 de agosto de 1812. Iba acompañado por diversos militares españoles y los principales jefes guerrilleros de la zona centro: El Chaleco, El Médico, El Abuelo y El Empecinado. Los madrileños recibieron eufóricos a sus libertadores. *“Me encuentro entre un pueblo enloquecido de dicha —escribió el comandante británico a su Gobierno—; quiera Dios que continúe mi buena suerte y pueda servir de instrumento para garantizarle su independencia y su felicidad”*.<sup>68</sup>

En la comitiva iba también Miguel Ricardo de Álava. Como representante del Gobierno español en el cuartel general aliado, dirigió la proclamación de la constitución en el templo de la Almudena. Fueron días de frenética actividad; tanto que Álava ni siquiera tuvo tiempo para recibir al administrador de su familia en

---

<sup>68</sup> Despacho remitido desde Madrid el 13 de agosto de 1812 por Wellington a Bathurst, Secretario de Estado, en Lieut. Colonel Gurwood (ed.): *The dispatches of Field Marshall the Duke of Wellington during his various campaigns in India, Denmark, Portugal, Spain, The Low Countries and France from 1799 to 1815*. London, Jon Murria, 1838. Traducido del inglés por el autor

Madrid. Pocos días, en cualquier caso, porque el comandante aliado quería dirigir sin pérdida de tiempo sus tropas hacia Burgos. En el camino Wellington recibió la noticia tantas veces esperada: su nombramiento como generalísimo de todos los ejércitos de la Península. Por fin un mando único para dirigir toda la fuerza combatiente contra el imperio de Napoleón. Esta medida, sin embargo, fue cuestionada por algunos generales españoles. Consideraban deshonroso e inaceptable tener que aceptar el mando en su propio país de un militar extranjero.

Como ya se ha indicado, el asedio de la capital burgalesa no prosperó y Wellington ordenó volver a su refugio portugués. Durante el repliegue el General Álava sufrió una grave herida que, sin embargo, no le impidió regresar con los demás. Una vez a salvo en el cuartel de invierno, se separó del cuartel general para guardar reposo. Durante los casi tres meses que Wellington y Álava estuvieron separados mantuvieron una intensa correspondencia, que se conserva en el archivo Arriola-Urrecha. En ese tiempo Wellington escribió a Álava un total de ¡veintisiete! cartas personales, manuscritas de su puño y letra y sin ayuda de secretarios.

Del análisis de esta correspondencia, se pueden extraer varias conclusiones. En primer lugar, el más que mediano dominio de la lengua castellana por parte del duque ya a comienzos de 1813. Qué lejos quedaba aquella carta fechada en noviembre de 1809 en la que le decía: *“le escribo en francés al no entender yo el español, ni usted el inglés”*. Desde entonces Wellington había hecho importantes progresos, de manera que apenas utilizaba expresiones en francés o en inglés. Ese esfuerzo tan notable por aprender el idioma de la tierra – tal como había ocurrido también durante su estancia en la India – rebaja la supuesta altivez que ciertos historiadores atribuyen al comandante británico.

Dejando al margen las cuestiones más estrictamente personales, los temas tratados giran principalmente en torno a tres aspectos: la siempre difícil relación entre el duque y el Gobierno

patriótico español residente Cádiz; la evolución del conflicto bélico en la Península que, aunque ralentizado por las condiciones invernales, seguía su curso; y, finalmente, las noticias procedentes de Europa. Con respecto a este último punto, cabe señalar que Wellington y Álava eran conscientes de las dimensiones continentales de una guerra en la cual España y Portugal tan solo constituían el frente sur.

El lenguaje utilizado es franco, directo y sincero, propio de quienes comparten una confianza mutua. Tampoco los muchos quehaceres de alguien tan ocupado y con tanta responsabilidad como el duque facilitaba la pomposidad ni la grandilocuencia. La correspondencia de Wellington se caracteriza por el empleo muy abundante del despacho rápido y resolutivo, propio de quien debe tomar muchísimas decisiones y casi sobre la marcha. Wellington, además, estaba acostumbrado a escribir de forma concisa y sintética sus ideas, a insertarlas en un “borrador de respuesta”, que luego sus secretarios amplificaban y formalizaban en la correspondencia oficial. Su lenguaje era tan seco y tan directo que con frecuencia evitaba el saludo formal, aunque nunca la despedida.

Más que en la sequedad formal, la complicidad entre ambos personajes se manifiesta en el significado de las metáforas empleadas. Como la apelación a la célebre fábula del pastorcillo burlón y el lobo, originaria de Esopo y popularizada en castellano por el poeta alavés Félix María Samaniego. Wellington la utiliza para explicar y reprender el comportamiento de algunos informadores suyos en una carta remitida a Álava en marzo de 1813: *“No tengo noticias ningunas de... parte del movimiento de los enemigos ... Los de Sierra dicen (entre otros González) que los franceses vienen allí. Pero les he hecho recordar la historia del lobo y de los ganados, y les he dicho que fue posible [por] gritar lobo demasiadamente. En tal caso, tengo 10.000 H [ombres] entre Coa y Agreda, de las mejores tropas del Mundo”*.<sup>69</sup>

---

<sup>69</sup> Extracto de la carta remitida el 3 de marzo de 1813 desde el Cuartel General de Freineda por Wellington a Álava, que estaba en los baños de Guimaraes. Archivo Arriola-Urrech, a C 10 - Legajo 14

Miguel Ricardo de Álava se reincorporó al cuartel general aliado el 10 de mayo de 1813. Volvía totalmente recuperado, a tiempo para participar en la ofensiva que estaba a punto de comenzar y de muy buen humor, tal como se desprende de su carta a Longa, el jefe guerrillero: *“antes de ayer llegué a este cuartel genl. bueno, y sano ya de mi herida, y en disposición a recibir otra en esta campaña”*.<sup>70</sup>

No me voy a detener en la descripción de la brillante ofensiva de Wellington que, en poco más de tres meses, cubrió al frente de su ejército los casi 600 kms. que separan la frontera portuguesa de la francesa. Además derrotó a los imperiales en Vitoria (21 de junio) e Irún (el 31 de agosto). Tampoco me detendré en la destacada actuación de Miguel Ricardo de Álava que, como ya vimos, salvó a su ciudad natal de un más que probable saqueo. Peor suerte tuvo San Sebastián: el asedio, toma y destrucción de esta ciudad ocurrido el 31 de agosto, el mismo día de la batalla de San Marcial en Irún, provocó algún roce entre Wellington y Álava. Los dos sabían que el incendio no había sido premeditado y que el saqueo resultaba casi inevitable cuando los defensores de la brecha habían opuesto una feroz resistencia; pero el vitoriano, informado por testigos presenciales de los sucesos, lamentó la indolencia de la soldadesca luso-británica y su escasa disposición a sofocar el incendio de la ciudad.

#### 4. Amigos también en el infortunio.

Gran parte de aquel verano de 1813 Miguel Ricardo de Álava lo pasó en su Vitoria natal reponiéndose de sus muchas fatigas e intentando servir y conciliar los dos cargos públicos para los que había sido nombrado. En efecto, a finales de 1812, y cuando aún los ejércitos franceses controlaban buena parte del territorio alavés, las Juntas Generales reunidas clandestinamente le habían confiado la diputación foral. Paradójicamente, también había sido nombrado por el

---

<sup>70</sup> Álava a Longa el 12 de Mayo de 1813, desde Freineda. Archivo Diputación Foral de Bizkaia - Fondo Longa - 282- 10

Gobierno español jefe político de su provincia natal. De manera que al llegar a Vitoria aquel 21 de junio de 1813 confluyeron en Miguel Ricardo dos legitimidades políticas distintas (y no fácilmente conciliables): la foral, propia del antiguo régimen, y la constitucional.

Aunque como jefe político presidió la jura de la constitución en la capital alavesa, circunstancia que con el tiempo acabaría siendo utilizada por sus enemigos para tildarlo de liberal y llevarlo a la cárcel, durante el tiempo que estuvo en Vitoria se mostró conciliador y contrario a todo revanchismo. Por eso antes de marchar recomendó a sus paisanos *“más que nunca la unión, la buena armonía; el celo, la aplicación y buena voluntad: con estas circunstancias servirán a un tiempo vuestras señorías a la Provincia y a la Nación”*. En noviembre, muy pocos días después de haber contraído matrimonio con Loreto Arriola, Miguel Ricardo abandonó la ciudad para reincorporarse al cuartel general aliado, que para entonces ya se encontraba al otro lado de la frontera.

Ya en Francia, Wellington siguió depositando en Álava toda su confianza. La mutua simpatía entre ambos se reforzó aún más debido a un hecho tan casual como sorprendente: ambos fueron heridos de bala casi a la vez, afortunadamente sin demasiadas consecuencias, durante la batalla de Orthez. A Wellington le alcanzó una bala rebotada, que lo mantuvo renqueante varios días, mientras bromeaba porque su compañero había recibido un perdigonazo allí donde la espalda pierde su casto nombre. Ambos estuvieron juntos también en la última y sangrienta batalla de Toulouse, donde recibieron la noticia de la abdicación de Napoleón. Con el fin de las confrontaciones bélicas daban comienzo las negociaciones diplomáticas. Con tal motivo Wellington proyectó sendos viajes, a París y a Madrid, y se hizo acompañar tan sólo por dos personas: su secretario militar, sir FitzRoy Somerset, y Miguel Ricardo de Álava.<sup>71</sup>

---

<sup>71</sup> Durante la Guerra Peninsular, el General Álava trabó una gran amistad con FitzRoy Somerset. Éste, que casó con la sobrina favorita de Wellington, figuró entre sus testamentarios; fue él quien recibió la espada de oro y diamantes que el Ayuntamiento de Vitoria había regalado al General Álava por su comportamiento el día de la batalla.

Sin embargo, la definitiva muestra de amistad entre ambos estaba aún por llegar: en el otoño de 1814 Miguel Ricardo de Álava fue detenido por liberal y confinado en Madrid. La acusación había sido urdida por los absolutistas alaveses y, en concreto, por quien debía secundarle en el gobierno de la diputación foral. Éstos estaban confabulados con Francisco de Eguía, absolutista recalcitrante, ministro de Guerra e impulsor de la represión anticonstitucional. Como es sabido, el despótico Fernando VII persiguió a muchos de los que habían arriesgado sus vidas por restablecerle en el trono. La noticia del encarcelamiento de Álava exasperó a sus paisanos que, de inmediato, reclamaron la liberación de tan benemérito conciudadano.

Pero la principal ayuda llegó desde París, donde Wellington ejercía de embajador. La carta interpelaba directamente al rey, en deuda con el británico y necesitado de la ayuda política y económica que su gobierno podía ofrecerle. El duque garantizó tanto el patriotismo como la acrisolada lealtad monárquica del General Álava en una carta que, dada su gravedad y trascendencia, transcribiré en su integridad<sup>72</sup>:

*Al Rey de España, desde París*

*Sire:*

*Me acabo de enterar con el mayor de mis pesares que el General Álava tuvo la desgracia de desagradar a V.M. y que había sido detenido y puesto en arresto por su Orden.*

*Este oficial ha servido conmigo durante toda la guerra en España; ha servido a Vuestra Majestad con honor y bravura; ha llenado con honor, talento y éxito los deberes de un empleo muy difícil, el de Agente del Gobierno español en el cuartel general aliado; y Vuestra Majestad debe a sus sentidos,*

---

<sup>72</sup> Carta remitida desde París por Wellington a Fernando VII, rey de España, el 22 de octubre de 1814. Archivo Arriola-Urrecha, C 11, Leg<sup>o</sup> 21, n<sup>o</sup> 2. Traducido del francés por el autor.

*a su celo y a sus talentos que, durante las dificultades de toda especie de una guerra que ha durado cinco años, no haya habido disputas entre los ejércitos de sus aliados y aquellos de Vuestra Majestad, ni con los habitantes del país; y que todo se hubiera dirigido al feliz término que hemos tenido la satisfacción de ver.*

*El General Álava pudo cometer errores y faltas involuntarias, como muchos otros las hicieron en las circunstancias difíciles en las que estuvimos emplazados durante largo tiempo (y esperemos que Dios nos las perdone); pero le puedo asegurar a Vuestra Majestad que desde el año 1809 no me dejó, excepto durante seis semanas en el año 1813 cuando se casó; estoy seguro que no tomó ninguna decisión relevante sin consultarme y soy incapaz de recordar un solo acto que no tuviera por objeto la restauración y el honor de Vuestra Majestad.*

*Puedo estar equivocado sin embargo, y todo lo que pido a Vuestra Majestad para este fiel compañero, es que me haga la gracia de nombrar rápido unos hombres honestos y desinteresados para jueces; y que hagan sin demora un proceso severo, pero justo.*

*No puedo acabar esta llamada a la justicia y a la gracia con la que vuestra Majestad me ha tratado siempre, y con la cual Vuestra Majestad ha hecho siempre caso a todo lo que he tenido el honor de poner bajo sus ojos, sin expresar mi pesar porque su Majestad no tenga en este momento un conocimiento exacto de las dificultades a las que estuvieron sometidos sus fieles servidores durante la guerra. Nosotros teníamos en España al mismo tiempo un enemigo extranjero formidable que había derribado todo, y la Guerra Civil; y no teníamos más que la autoridad de las Cortes para oponernos a dichos males.*

*Estuvimos alterados, sobrecogidos, por muchos actos de las Cortes; y Vuestra Majestad tiene conocimiento de las opiniones que he dado a esos señores sobre lo que hacían; opinión que el General Álava compartía conmigo.*

*Pero era nuestro deber someternos enteramente a la autoridad de las Cortes; y si hubiéramos cometido la grave falta de oponernos, o de animar, o incluso de permitir la oposición de otros, habríamos aumentado la desgracia y las dificultades del momento, y habríamos quizá ocasionado la pérdida de la más bella causa del mundo, la causa de la Europa entera, la corona de vuestra Majestad.*

*Wellington [firmado].*

## 5. A modo de conclusión.

La Guerra de la Independencia fue una contienda contra el invasor; pero también tuvo mucho de guerra intestina, cruel y despiadada, cuyos efectos perversos se vieron agravados por el bandidaje permanente, las hambrunas y la ferocidad de los combatientes que tan bien retrató Goya en *Los desastres de la Guerra*. Al final se consiguió la derrota del invasor y la libertad ansiada aunque al precio de adoptar una cultura belicista que acabaría lastrando el futuro.

El pueblo, la guerrilla y el ejército español (junto con el portugués no lo olvidemos) fueron los grandes protagonistas de esta historia. Alcanzaron sus objetivos gracias a la ayuda y al apoyo británico, que al poder naval unía su poderío económico para financiar la guerra peninsular. Entre todos consiguieron el éxito buscado; pero el talento, la energía y la habilidad desplegada por Miguel Ricardo de Álava, representante del Gobierno español en el cuartel general aliado, facilitó la colaboración exitosa entre los distintos actores de esta epopeya.

## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA:

Archivo familiar Arriola-Urrecha: fondo *Álava*.

AZCÁRATE. Pablo: *Wellington y España*. Madrid, Espasa-Calpe, 1960.

GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José: *Guerra de la Independencia: Historia militar de España de 1808 á 1814*, 14 v., Imprenta del Crédito comercial á cargo de Don D. Chaulie é Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1868-1903.

GURWOOD, Lieut. Colonel (Ed.): *The dispatches of Field Marshall the Duke of Wellington during his various campaigns in India*,

*Denmark, Portugal, Spain, The Low Countries and France from 1799 to 1815.* London, Jon Murray, 1838.

LARREINA, Emilio: *Bicentenario de La batalla Vitoria 1813.* Madrid, Almena, 2013.

PARDO DE SANTAYANA, José: *Francisco de Longa, historia de una guerrilla.* Madrid, Leynfor - Siglo XXI, 2007

SÁNCHEZ ARRESEIGOR, Juan José: *Vascos contra Napoleón.* Madrid, Actas, 2010

SERRATS URRECHA, Gonzalo: *El General Álava y Wellington. De Trafalgar a Waterloo.* Madrid, Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, 2015.

TORENO, conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.* Madrid, Tomás Jordán, 1835; 5 tomos.